

en la campaña. Ciertamente es que apenas había en Europa ni en la misma Francia quien creyese en el ejército de reserva; pero éste no era un mito, y se componía de cuerpos traídos de la Vendée, de Holanda, del interior, aumentados con reclutas y voluntarios: reunido nominalmente en Dijón, donde no había más que algunos batallones de reclutas, estaba disperso en realidad desde Chalons-sur-Marne hasta Lion: gracias al ruidoso aparato con que su formación se anunciara y á las precauciones que se adoptaron para disimular su existencia, se consideraba universalmente como una mera ficción: sin embargo, aunque objeto de burla en el extranjero, crecía silenciosamente, permaneciendo invisible y estando pronto á agruparse á la primera señal para engrosar el ejército del Rhin, el más débil de Massena, ú obrar independientemente, según aconsejasen las circunstancias. Bonaparte había nombrado general en jefe de este tercer ejército á Berthier reservándose tomar su mando en el momento oportuno, y para reemplazar á aquél en el ministerio de la Guerra designó á Carnot, con lo que complacía á los republicanos y daba al par testimonio del aprecio que le merecían las altas prendas del organizador de la victoria en tiempos de la Convención.

Aunque Melas no desplegase toda la diligencia que desde Viena se le recomendaba, rompió, sin embargo, el ataque contra Massena el cuatro de Abril, un mes antes de lo que suponía Bonaparte. Los aliados incurrieron en grave falta al dirigir principalmente sus esfuerzos sobre un punto, no sólo secundario por su situación excéntrica, sino fácil de defender, gracias á los obstáculos naturales y á las fortificaciones construídas. Los Apeninos, Génova, la línea del Var eran otras tantas barreras, donde un general como Massena podía detenerlos largos meses, no obstante la abrumadora superioridad de sus fuerzas. La posición de Melas á tan gran distancia de las provincias hereditarias, su punto natural de apoyo, tenía además el inconveniente de que si Kray era batido en el valle del Danubio, el ejército de Italia no llegaría nunca á tiempo de cubrir á Viena contra el de Moreau. De las dos fronteras amenazadas, la del Rhin era sin disputa la más importante, tanto para Austria como para Francia. Una batalla ganada ó perdida en las orillas del Rhin tenía mucha más gravedad, para una y otra potencia, que una victoria ó una derrota en la Península italiana. En este último caso, el golpe alcanzaba solamente á las extremidades, mientras que el primero hería al adversario cerca del corazón, por estar situado el campo de batalla en el camino más corto entre Viena y París. Debido á esto, las numerosas victorias conseguidas por Bonaparte en Italia en mil setecientos noventa y seis, á pesar de toda su resonancia, nada decidieron por sí mismas; pero cuando el triunfante general pisó el suelo de Alemania, consideróse con razón, dueño del Imperio. Dedúcese de aquí, que á los franceses les habría convenido haberse contentado con facilitar á Massena los socorros puramente indispensables para mantenerse á la defensiva, acumulando el mayor contingente posible de fuerzas en Alemania para batir á Kray: destruido el

ejército de éste, podía elegirse entre ir á Viena á dictar la paz, ó sorprender por la espalda al ejército de Melas y cortarlo la retirada. Bonaparte lo reconocía así, habiendo confesado después que «la frontera predominante era la del Rhin», y añadiendo que, al ocurrir su disentimiento con Moreau, tuvo la idea de ponerse al frente del ejército de Alemania, «calculando que estaría delante de los muros de Viena antes que Mellas llegara á Niza.» Parece, pues, que debió llevarse á Alemania la acción principal de la guerra.

Tal era la opinión de Moreau. A su juicio, la suerte de la campaña había de decidirse en territorio alemán, y aquí era preciso concentrar todos los esfuerzos. Antes de conocer el verdadero destino del ejército de reserva, insistió repetidas veces en la conveniencia de enviarlo á Suiza para apoyar y seguir al del Rhin. Pero Bonaparte no hubiese consentido nunca en reunir ambos ejércitos, sino á condición de mandarlos en persona. Los golpes decisivos, destinados á concluir la guerra, quería darlos él mismo, y de trasladar á Alemania la base de las operaciones, habría tenido que dejar toda la gloria de ellas á Moreau; porque, de una parte, éste había manifestado rotundamente que no serviría á sus órdenes, y de otra, la situación interior de la República no permitía aún á Bonaparte alejarse de París. En su virtud, subordinando por completo la campaña de Alemania al plan que se había propuesto realizar en Italia, consistente en atravesar los Alpes á la cabeza del ejército de reserva, pensó que Moreau concentrase su ejército desde Strasburgo hasta Basilea, y, sobre todo, desde Basilea á Constanza; que engañase al enemigo haciéndole creer que intentaba franquear el Rhin por diferentes puntos, y que después pasara este río por tres puentes, entre Schaffouse y Constanza. Dada con esto la vuelta á la Selva Negra, los austriacos hubiesen sido arrojados á Baviera.

Supuso más tarde Bonaparte, y otros han repetido, que el plan expuesto ofrecía á Moreau grandes probabilidades de destruir el ejército de Kray; sin embargo, por entonces no era del mismo parecer, pues en las instrucciones enviadas á aquel general, nada le indica de esta idea, diciéndole, en cambio, terminantemente, que «el objetivo de su movimiento en Alemania debía ser empujar al enemigo hacia Baviera, interceptándole las comunicaciones directas con Milán y los Grisonos». Lo mismo escribía cinco días después á Massena, hablándole de las operaciones del ejército de Alemania, y á mayor abundamiento, tenemos el dato que nos proporciona la misión que en el referido plan se confiaba á Lecourbe, quien debía, puesto al frente de una reserva formada por la cuarta parte del ejército de Moreau, guardar especialmente el territorio suizo y los pasos que comunicaban con Italia. No obstante ser secundario el papel que se le destinaba y á pesar de las dificultades que tendría que vencer para salir airoso en su desempeño, Moreau lo aceptó en sus líneas generales, aunque separándose de Bonaparte en lo relativo al paso del Rhin, que concebía de modo diferente. En este punto, como en los demás movimientos que de-

bía verificar, quiso que se le dejase completa libertad de acción para obrar conforme estimara más oportuno. En una palabra, se sometía al plan de Bonaparte, pero reservándose el derecho de elegir los medios de ejecutarlo. No era esta pretensión desmedida, tratándose de un general de tanta autoridad en las cosas de la guerra. Las instrucciones redactadas lejos del campo de las operaciones, están expuestas siempre á muchos inconvenientes. Las comunicadas por el primer Cónsul emanaban, sin duda, de un hombre de genio; pero Bonaparte no había hecho ninguna campaña en aquellas regiones, mientras Moreau conocía á palmos el terreno, que había ilustrado con sus victorias.

Moreau creía sumamente arriesgado atravesar el Rhin entre Schaffouse y Constanza, teniendo delante el ejército de Kray, que, por su posición en Donaueschingen, podía concentrarse rápidamente; y que sus recelos eran legítimos, se demostró después cuando, no obstante haber conseguido engañar con sus maniobras al general austriaco, tuvo éste tiempo de reunir fuerzas considerables en el campo de batalla de Engen. En vez de aquella operación peligrosa, ideó Moreau otra, que había de permitirle utilizar los numerosos puentes que los franceses tenían sobre el Rhin, y que, extendida desde Strasburgo hasta Schaffouse, atraería á Kray al bajo Rhin, á través de la Selva Negra, pudiendo mientras tanto pasar á la otra orilla el grueso del ejército francés, algo más arriba del lago de Constanza. Seguro de las ventajas de su plan, envió á París á su ayudante Dessobles, para que lo expusiese y apoyara: el primer Cónsul rehusaba aprobarlo, pero á sus persistentes objeciones contestó Dessobles ofreciendo la dimisión de Moreau, con lo que concluyó el debate. Son pura fábula las afirmaciones contenidas en las *Memorias* de Napoleón y reproducidas en las de Saint-Cyr, acerca de un plan *mixto*, que Bonaparte lograra imponer á la *rutina* de Moreau. No hubo más plan que el de éste, y fué aceptado tal como lo propuso, no consiguiendo Bonaparte otra cosa, con su oposición, que retrasar un mes el comienzo de las operaciones. Lo que sí es cierto es que la firmeza de Moreau desazonó profundamente á Bonaparte, quien no contuvo su cólera en presencia de Dessobles y Berthier. «Moreau no es capaz de comprenderme», hubo de exclamar. Sin embargo, no juzgando prudente privarle del mando, disimuló, según su costumbre, y el mismo día que salió Dessobles de París, le escribía lo siguiente: «Este general os dirá que nadie se interesa más que yo en vuestra gloria personal y en vuestra felicidad. Los ingleses no cesan en sus embarques; ¿qué quieren? Soy hoy una especie de maniquí, que ha perdido su libertad y su dicha. Las grandezas son hermosas, pero vistas en recuerdo ó en imaginación; vais á ejecutar grandes cosas con esos valientes, y, por mi parte, trocaría con gusto mi púrpura consular por una charretera de jefe de brigada á vuestras órdenes».

Massena había restablecido la disciplina y la confianza en sus tropas, y opuso vigorosa resistencia á los austriacos, causándoles sensibles pérdidas, tuvo, no obstante, que

abandonar su posición en la montaña y acogerse á Génova, con la división de Soult, fuerte de quince mil hombres, mientras Suchet, con un contingente próximamente igual, era arrojado de la ribera y hasta más allá del Var. Melas, dejando estrechamente cerrada á Génova con la mitad de sus tropas, bajo el mando del general Ott, entró triunfalmente en Niza, desde donde envió al general Elsnitz, al frente de diez y siete mil hombres, á batir á Sechuet, con la orden de atravesar el Var por donde pudiera, penetrar en Provenza y llamar á las armas á los legitimistas franceses. No le resultaron sus planes: Suchet se defendió porfiadamente y Massena efectuó frecuentes salidas victoriosas contra Ott, de modo que, por el momento, estaba contenido al avance de los austriacos. La situación, empero, de Massena era insostenible: intentó rechazar al enemigo al otro lado de los Apeninos, combinando sus movimientos con otro ofensivo de Suchet; mas sus columnas, obligadas por las condiciones del terreno á aislarse unas de otras y teniendo que luchar en todas partes con fuerzas décuples, no consiguieron restablecer la comunicación con Suchet, á pesar de su valor. Debilitadas por los mismos triunfos parciales que obtenían, se vieron forzadas á retroceder, y el veintiuno de Abril encerrábase el general francés en Génova, resuelto á resistirse heroicamente, aunque, previendo las pruebas y dificultades que le esperaban, escribía el veintitrés al primer Cónsul diciéndole que los víveres le durarían á lo más hasta fines de Mayo y que, si se quería evitar una catástrofe, era preciso mandar socorros sin demora.

Conocíase en París el apuro en que estaba Massena, y Bonaparte, que con sus reparos había hecho perder un mes á Moreau, apremiaba ahora á este último para que abriera la campaña cuanto antes, estimulando al mismo tiempo la actividad de Berthier. Pero los grandes preparativos del ejército de reserva se llevaban casi todos los recursos, y Moreau carecía de víveres, caballos y material de puentes. «Obtened lo más pronto posible alguna ventaja que nos permita mediante una diversión favorecer al ejército de Italia», escribía el primer Cónsul á Moreau el veinticuatro de Abril, y Moreau, penetrado de la urgencia del caso, no obstante la insuficiencia de los medios con que contaba, ponía su ejército en movimiento al día siguiente.

En el plan que Moreau había concebido, el paso del Rhin era una operación secundaria; verdadera dificultad estribaba para él en trasladar á sus tropas al otro lado de la Selva Negra, cuyas salidas todas estaban defendidas por fuerzas numerosas. El general francés dividió su ejército en cuatro cuerpos; el primero al mando de Sain-Suzanne, atravesó el Rhin por Strasburgo; el segundo, á las órdenes de Saint Cyr, por Viex-Brisac; el tercero, que dirigía Moreau en persona, por Basilea. Respecto al cuarto, capitaneado por Lecourbe, esperaba en Schaffouse que el éxito de estos primeros movimientos le permitiese avanzar á su vez. Saint-Suzanne y Saint-Cyr, después de dispersar los destacamentos que el mariscal Kray había colocado en observación en la orilla del río,

tomaron posiciones enfrente de los desfiladeros del Renchen, del Knizig y del valle del Infierno, como si se aprestasen á forzarlos, para internarse en la Selva Negra, permaneciendo allí cerca de dos días.

Las hábiles maniobras de Moreau engañaron completamente á Kray; que en lugar de mantener concentrada su gente en Donaueschingen y de aguardar al enemigo á la salida de los desfiladeros, disgregó buena parte de su ejército para disputar el paso á los franceses. Esto es lo que esperaba Moreau. Inmediatamente, Saint Suzanne se sustrajo al ataque, repasando el Rhin en Strasburgo, remontándolo hasta Brissac y atravesándolo de nuevo para sustituir á Saint Cyr delante de Friburgo, mientras Saint Cyr, costeando las montañas por caminos casi impracticables y de consiguiente mal defendidos, se incorporaba á Moreau en Saint-Blaise sur l'Albe. Al día siguiente, Lecourbe franqueaba el Rhin por Schaffouse, y de esta suerte, todos los cuerpos del ejército de Moreau estaban en contacto, excepto el de Saint-Suzanne, que, encontrando á los austriacos en retirada en el valle del infierno á consecuencia de los movimientos que hemos indicado, se lanzó tras de ellos para unirse á sus compatriotas por el camino más directo.

Se han formulado acerbas críticas contra Moreau, fundadas en lo que Kray habría podido ó debido ejecutar para hacer fracasar su plan; pero la excelencia de éste, prescindiendo de esas vanas hipótesis, se evidencia con sólo advertir que ni un instante fué dudoso su feliz resultado, apesar de tratarse de un movimiento complicadísimo, que se desarrollaba en una línea de cuarenta leguas de longitud.

En seguida, el general francés apercibióse á empujar á los austriacos al otro lado del Danubio, según lo convenido con Bonaparte, destacando á Lecourbe sobre Stokach, donde estaban los depósitos del enemigo, y encaminándose él á Engen, luego de ordenar á Saint-Cyr que se acercara por Thengen, aunque encargándole que cuidara de comunicarse con Saint-Suzanne, que aún no había salido del valle del Infierno. En Engen, encontró el tres de Mayo á Kray, que iba en auxilio de Stokach. Los franceses eran veinticinco mil, por cuarenta mil austriacos; pero Moreau, seguro de antemano del éxito de la operación de Lecourbe contra Stokach, que estaba mal custodiado, y teniendo á su alcance el cuerpo de ejército de Saint Cyr, no vaciló en presentar batalla al enemigo: le bastaba, en efecto mantenerse firme para forzar á Kray á retirarse. La lucha fué encarnizada, y los franceses la sostenían sin ventaja; no obstante la inferioridad de sus fuerzas, cuando la tardía aparición de una brigada de Saint Cyr y la noticia de la toma de Stokach por Lecourbe decidieron la victoria en su favor. Kray dejó quince mil prisioneros en poder del enemigo, tres mil muertos y gran cantidad de provisiones en el campo de batalla. Reforzado con el cuerpo de ejército del príncipe de Vaudemont y con las divisiones llegadas de la Selva Negra, quiso probar fortuna de nuevo en la fuerte posición de Möesskirch, donde se verificó un segundo encuentro más disputado y sangriento que el primero: la suerte de

las armas fué propicia también á los franceses, y la derrota de Kray se habría convertido en verdadero desastre si Saint-Cyr no hubiera permanecido intacto todo el día en Lip-tingen, en lugar de acudir al ruido de los cañonazos. Saint-Cyr era un buen militar, pero estaba descontento del Estado Mayor de Moreau, con su poca diligencia en Engen y su abstención en Möesskirch impidió al general en jefe por dos veces recoger el fruto de su victoria.

Teniendo necesidad de amoldarse á las exigencias del plan trazado por el primer Cónsul, no pudo Moreau perseguir á Kray más allá del Danubio, contentándose con recoger la división de Saint-Suzanne, que al fin se le unió, y marchar en dirección al Iller, apoyando su derecha en el Danubio y su izquierda en el Vorarlberg, en la creencia de que los austriacos no se detendrían hasta Ulma. Kray, sin embargo, no se determinó á abandonar sin combate sus depósitos de Biberach, y repasando el Danubio, se situó en el Mettenberg. Saint-Cyr, que había recibido la orden de apoderarse de Bilberach, atacó á los austriacos sin parar en mientes en la ventajosa posición que ocupaban ni en la superioridad de sus fuerzas, y secundado por la división de Richepanse, rechazó á la vanguardia de los imperiales, tomó á Biberach y embistió al grueso del enemigo en las pendientes del Mettenberg, con tanto brío que los austriacos se figuraron tener ante sí á todo el ejército francés y retrocedieron, batiéndose en retirada. Al otro día de haber reparado Saint Cyr con este brillante hecho de armas sus faltas anteriores, Lecourbe entraba en Memmingen, haciendo á los austriacos mil ochocientos prisioneros, y el mariscal Kray se encerraba definitivamente en Ulma. Era el diez de Mayo.

En esta campaña, que con tanta injusticia se criticó posteriormente, Moreau alcanzó en quince días señaladísimos triunfos, con pérdida de treinta mil hombres por parte de los austriacos, que, desalojados de posiciones al parecer inexpugnables, batidos y demoralizados, se corrieron más de cuarenta leguas al interior. Había realizado punto por punto el programa que se le impusiera, y ahora, que sin más que avanzar formalmente se hubiera hecho dueño sin efusión de sangre del campo atrincherado de Ulma; [ahora, que Viena no estaba protegida más que por un ejército, presa del desaliento; ahora, que se hallaba á tres jornadas de Hohenlinden, que le habría entregado indefensa la monarquía austriaca, debía detenerse en medio de su victoriosa carrera y debilitar su ejército, segregándole veinticinco mil hombres para enviarlos al San Gothardo, á fin de que Bonaparte se ciñese todos los laureles y se alzase con la gloria entera de la campaña. Temerario el primer Cónsul de que Moreau se negase á desprenderse de la fuerza prometida, le había exigido, por un decreto que firmaron los tres Cónsules el cinco de Mayo y que llevó á Alemania el mismo Carnot en persona, que la destacase inmediatamente. No pensaba Moreau sustraerse al compromiso contraído, aunque sintiera amargamente la especie de amputación que se hacía sufrir á sus tropas después de las numerosas bajas que